

La Lectura



Popular



¡PRECIOSÍSIMO!

¡LEEDLO!

Retiramos todos nuestros originales y consagramos el presente número de LA LECTURA POPULAR á la publicación de un documento que llamará la atención de nuestros lectores.

Es un sermón; pero, ¡qué sermón!

Rogamos á nuestros amigos que, después de leerlo lo den á leer á otros y lo difundan cuanto puedan, pues es un trabajo que arroja torrentes de luz sobre todas las cuestiones que hoy agitan al mundo descubriendo sus más grandes males y sus remedios más sencillos.

Ni una palabra más.

Lean el documento.

Excmo. é Ilmo. Señor.

Anoche á las doce se hundió en el abismo de la eternidad el año de 1893.

El tiempo pasa como sombra. Desaparecieron los poderosos Césares de Roma, los florecientes imperios de los Asirios y Babilonios, Medos, Persas, Griegos y Romanos. Se hundieron las monarquías de la Edad Media, y así nosotros dejaremos también nuestro papel en la escena de la vida.

Como los ríos, que en veloz corrida se llevan á la mar, tal somos llevados al último suspiro de la vida: somos llevados al seno de Dios, que es nuestro centro; y así como es nuestro principio, es nuestro último fin. Y precisamente la Iglesia nuestra Madre da principio al año nuevo con una festividad, que nos enseña el medio de conseguir este fin sublime. La Circuncisión nos enseña el espíritu de sacrificio y de mortificación. Todos tenemos mucho que circuncidar, es decir, cortar aquellas ocasiones de pecado, mortificar las pasiones, que se revelan contra la razón y la ley de Dios; refrenar la vista para que no vea la vanidad, cerrar los oídos para que no entre por ellos el veneno en el alma. Tenemos necesidad de sujetar con violencia aquellas inclinaciones de nuestra naturaleza corrompida por el pecado original.

Y Cristo en el misterio de este día derrama su preciosa sangre, se sujeta á una ley dolorosa y nos dice que la vida del cristiano sobre la tierra es de penas y sacrificios. No lo quiere así la perversa y reprobada civilización moderna, que negando el fin sobrenatural del hombre y la vida eterna, sino en teoría al menos en la práctica viviendo como si no existiese un mundo mejor más allá del sepulcro, quiere que la vida terrena sea de goces y placeres, y aborrece todo lo que sea contrario á los instintos sensitivos y animales. De aquí nacen los espantosos trastornos que agitan hoy á las naciones, pues como todos no pueden tener asiento por igual en el festín de los goces, que proporciona la riqueza, no se resignan los pobres, que son los más á que los ricos, que son los menos sean solos en el disfrute de los bienes, que Dios crió sobre la tierra. Por eso la sociedad se halla abocada al abismo de la anarquía: ¿Y cuál es la solución de este tremendo peligro? Solo aquel Dios á quien en la Circuncisión se le impuso el nombre de Jesús, que significa Salvador.

Voy á probar que el Divino Niño enseñando en este día el espíritu de sacrificio y mortificación, es el Jesús, es decir, el Salvador de la sociedad humana aun en el orden temporal de esta vida presente.»
Pidamos la gracia etc.—AVE MARIA.

Todo lo que hay en el mundo, dice San Juan, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida; es decir: amor desordenado de placeres, riquezas y honores. Si en todos tiempos hubo en la sociedad mucho de esto, pero estaba reservado á esta época erigir en principio y elevar á la categoría de doctrina lo que en las antiguas sociedades informadas del espíritu cristiano era solo fragilidad del débil corazón humano y no error voluntario del entendimiento. Por esto el mal no alcanzaba ni con mucho á las masas del pueblo en general; ni se presentaba con el descaro y cinismo propio del que embotó el sentido moral, y se escondía en las tinieblas por temor á la conciencia pública. Hoy se hace gala del vicio y el vicioso es aplaudido en una sociedad cuyas costumbres generales y con-

ciencia pública están informadas de la falsa civilización moderna saturada de grosero materialismo, es decir, de la sed insaciable de goces, y riquezas consecuencia lógica de las doctrinas de la escuela positivista y racionalista.

¿Qué es lo que tiene agitadas hoy y en tremendas convulsiones á las naciones de Europa? La pavorosa cuestión social, que procede del afán inmoderado de riquezas como medio de gozar. El deleite: he aquí el fin último y supremo de los materialistas y de la moderna economía política, ciencia, que pretende resolver la grave cuestión social.

¿Y qué es la economía política? Es la ciencia, que investiga el origen, producción y aumento de los bienes sensibles ó sea las riquezas, y de su distribución entre los hombres. Bien aplicada sería un progreso legítimo, pero por desgracia la moderna economía política olvida el supremo fin del hombre, y no le asigna otro destino que el gozar y ser feliz sobre la tierra sin tener en cuenta el cielo, y como medio para ello se propone solo el aumento de la riqueza.

No así la filosofía cristiana, que sintetizó el gran San Ignacio de Loyola en los ejercicios espirituales, y estableció por principio y fundamento de toda la vida humana el fin sobrenatural y ultraterreno en estas palabras: «El hombre fué criado para alabar, reverenciar y servir á Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su alma.» Se llama principio, porque así como las ciencias tienen sus principios de los cuales se deducen muchas consecuencias, así de este principio sublime se siguen multitud de aplicaciones, pues á conseguir este fin se han de ordenar y dirigir todas las operaciones de la vida. Se llama fundamento, pues así como sobre el cimiento se levanta todo el edificio material, así sobre esta verdad se ha de levantar todo el edificio de la vida moral en el individuo y en la sociedad.

Y prosigue el santo en la primera meditación: «Las demás cosas sobre la faz de la tierra fueron criadas para el hombre, para que le ayuden en la consecución de su último fin. De donde se sigue que tanto ha de usar de ellas, en cuanto que

le ayudan; y tanto se ha de apartar de ellas en cuanto le estorben en conseguirlo.» Ved en pocas palabras resuelto el gran problema social de estos días. De este fin sublime, es decir, de la eterna beatitud prescinden los modernos economistas políticos, los unos, aunque pocos, negando en teoría el destino sobrenatural del hombre mas allá del sepulcro; los más negándolo en la práctica ó sea enseñando y obrando como si no hubiese más vida que la terrena. De aquí que todos los organismos sociales informados de este espíritu materialista no tienen otro objeto que satisfacer los instintos sensitivos de nuestro ser y así no miden ni regulan el trabajo por ley alguna moral, sino que postergan las normas de justicia en la producción, adquisición y distribución de la riqueza.

Este criterio materialista degradante influye en todas las instituciones y formas del Estado moderno: La historia misma se inspira en el vil interés. Los ilustres personajes y los heroicos hechos de nuestros mayores en el siglo de oro, que tan alta levantaron la bandera española, que hicieron á nuestra patria la primera nación del mundo, cual no ha habido otra en los tiempos antiguos y modernos, aquellas gloriosas hazañas, que nos parecen por lo maravillosas y estupendas invenciones de poetas y no hechos reales, pretenden empañarlas los pigmeos de la raquílica civilización moderna, diciendo que aquellas guerras por lo costosas empobrecieron la nación. Aserto falsísimo, pues nunca fué más rica España que en aquel siglo en que nuestros padres buscaron primero el reino de Dios y su justicia; y lo demás se les dió por añadidura. (1) Pero que dado y no concedido el aserto, solo probarían que aquellas generaciones de héroes prefirieron el honor de la patria, la fé, el alma y la civilización verdadera á los ochavos y cuartos.

La economía política moderna olvidada de Dios y de los intereses del alma solo atienden á el aumento de la riqueza como medio de procurar goces materiales. De aquí

1.º LA USURA

El trabajo es la fuente de la riqueza. Si en el trabajo no se mira la ley de la expiación, la pena impuesta por Dios á el hombre condenado á comer el pan con el sudor de su rostro en castigo del pecado; si solo se mira en el trabajo un medio de adquirir bienes y deleites, el hombre sensual, que aborrece la pena y las espinas del trabajo, cifra entonces todo su empeño en gozar á costa del sudor del prójimo.

(1) Matth., 6.

De aquí resulta el odioso fenómeno de la explotación del hombre, desde la esclavitud hasta las usuras y monopolios del capital emancipado de la ley divina, que es ley de justicia y de caridad.

Se dirá que la ley civil es la salvaguardia de los derechos del débil y del pobre contra la tiranía del rico. Pero ¿quién no vé que la ley humana es ineficaz en innumerables casos? El ojo avizor de la policía y del Juez no puede penetrar en la mayoría de los casos en los antros tenebrosos donde se fragua la injusticia: además si la conciencia pública no está formada por la ley moral de la Religión, ¿qué eficacia puede tener la ley humana no ayudada por las costumbres públicas? ¿Quién no vé lo fácil que es eludir la ley? Y sobre todo ¿quién garantiza á la sociedad contra esa misma ley, si llega á ser injusta y corruptora? y hoy día lo es, pues no pone tasa ni trabas á la usura. Los griegos decían: «nuestro negocio está en ser libres, dejando el trabajo á los esclavos.»

El afán inmoderado de gozar, no repara en medios por opuestos que sean á las prescripciones de la moral, de la justicia y de la caridad. De aquí la violación de los días santos en que al jornalero se le prohíbe asistir á el templo para oír la instrucción, que es el pan del alma obligándole á trabajar en ellos.

El capital explota la necesidad del trabajador aumentándole las horas de trabajo hasta juntar á veces en él la noche con el día ó forzándole á prestar de balde trabajos extraordinarios.

El deleite es el fin supremo de la economía política. ¿Qué garantías puede tener la justicia con tales doctrinas? El poderoso, el fuerte, el astuto hallarán mil ocasiones para abusar de la miseria, debilidad é ignorancia de las masas populares, usurpando el fruto de su trabajo y de su economía. Si la Religión protegida por el Estado no viene en auxilio del pobre, de nada servirá la ley civil; y precisamente el Estado es el que declara guerra sistemática á la Religión, y prescinde de ella en los actos de gobierno.

Desprestigiando, ridiculizando y calumniando en todos tonos al Clero, ha sustraído al pueblo de la benéfica influencia de la Iglesia, que moralizaba en lo antiguo y enseñaba al pobre la resignación tranquila con la esperanza del cielo. Con su ejemplo le ha enseñado á huir del templo y del sacerdote.

Así el trabajador ha perdido ó debilitado la fé, y ha aprendido que la ganancia y la vida de comodidad es el último fin del hombre en este mundo.

El pueblo es también culpable de su

propia desgracia, pues desoye la voz de la Iglesia, que en los tiempos antiguos, cuando poseía bienes, le daba el pan con abundancia: y lejos de contribuir con su voto en las elecciones á restaurar el antiguo regimen cristiano, emite el sufragio en favor de sus opresores y contribuye con la suscripción á periódicos liberales á el sostenimiento de estos, que á la vez sostienen con su propaganda á los poderes culpables de esta organización económica y política opresora de los pobres.

2.º EL LUJO

Otra consecuencia del principio sensualista de la economía política es el lujo, es decir, el deseo inmoderado de lucir, brillar, deslumbrar al prójimo con el boato y la ostentación en los teatros, salones, paseos y demás lugares de recreo. El lujo es la satisfacción del orgullo y de los sentidos del cuerpo. Uno de sus efectos es extinguir ó debilitar en gran parte el sentimiento de la caridad fuente de tantos bienes para el pobre. El lujo no reconoce límites, absorbe cantidades fabulosas. En una noche de orgía consume los ahorros de mucho tiempo, y mal tendrá para dar al pobre el que todo lo necesite para satisfacer todas sus concupiscencias.

La molicie es además compañera inseparable de la crueldad, porque el hombre sensual es ídolo de sí mismo, y en gozar reconcentra toda la actividad de su ser, cerrando su corazón á las expansiones generosas del amor al prójimo.

Pero la Providencia divina, que no deja sin castigo los pecados de la sociedad, ha permitido que de estos dos grandes pecados de este siglo la usura y el lujo se deriven las teorías socialistas y anarquistas, que ponen en gran peligro la propiedad particular, turbando así en el goce de ella á los que tan mal la emplean. Las muchedumbres indigentes, que son la mayoría inmensa de la sociedad, ven que las clases altas, que son los menos, gozan y se divierten, mientras ellos soportan el peso del calor y del día, recibiendo á veces un jornal insuficiente, y dicen: Los bienes de la tierra son la herencia que Dios dejó á sus hijos los hombres. Todos somos hijos de Dios y por tanto todos debemos poseer la herencia por partes iguales. Y las causas que les inducen á formar este raciocinio son tres principales:

1.º La misma ciencia económica moderna, que ha enseñado á las masas populares que el fin del hombre es la tierra y no el cielo y que el gozar aquí es la suprema felicidad. «Al quitar, pues, la fé, el sufrimiento y la resignación dulce y tranquila se convierte en desesperación y en infierno. ¡Ojalá se pudiese mejorar la suerte.

te de los pobres! Pero la primera mejora es no quitarles la esperanza. En el cielo se verá que nadie ha padecido injusta ni inutilmente. La muerte es una restitución.» Así ha hablado un celebrado poeta y novelista, un grande orador de nuestros días, el célebre Victor Hugo, que tanto ha contribuido con su pluma y su palabra en la marcha de las ideas modernas.

2.^a Causa del anarquismo. Los principios y doctrinas de la escuela liberal. No quiero yo hablar. Oid á un testigo de mayor excepción, que nada tiene de clerical ni reaccionario, un escritor y orador famoso entre los Doctores del Liberalismo, Eusebio Blasco, que no hace aun 15 dias escribe desde París con motivo de las bombas de dinamita en el parlamento francés: «En estos países libérrimos... *libérrimos*, entendedlo bien, el pueblo no es religioso, y portanto nada le contiene par ir hasta el crimen; y para no ser tenido por un criminal vulgar, no mata en los caminos, sino que dirige los tiros á los que llama tiranos y opresores de la humanidad. Se presenta como redentor de la sociedad para romper las cadenas del despotismo, y tiene una prensa, que le glorifica como héroe, y un gran partido, que le celebra y le proclama como salvador de la sociedad.

Desde que hay libertad de imprenta, la lectura es el veneno más activo de todos los conocidos. Los periódicos han hecho más víctimas que todas las epidemias juntas.» Así habla un hombre cuya pluma y palabra tanto ha contribuido á propagar esas mismas libertades de las que empieza hoy á renegar; y cuenta que al decir víctimas, solo se refiere á las víctimas del cuerpo, á la sangre, que ha hecho correr el Liberalismo, no á las víctimas del espíritu, pues son innumerables las que ha matado arrancando la fe de las almas.

3.^a Causa. Allá en los comienzos de la libertad el incendio y la piqueta revolucionaria convirtieron en cenizas los templos del Señor: el puñal del sicario asesino á cientos de inocentes religiosos ministros de Dios al pie mismo de los sagrados altares: los anarquistas de frac y guante se apoderaron de los bienes del hospital, de la beneficencia, del convento y de la parroquia, que eran en beneficio de los pobres. En aquellos tiempos cristianos no había pobres relativamente hablando: había pobres, pero no pauperismo y los pobres eran remediados con abundancia por la Iglesia. Con estos bienes se enriquecieron muchos ayer descamisados y que hoy habitan magníficos palacios y arrastran lujosos carruajes. Los anarquistas de blusa han tomado el ejemplo y dicen; «Con el

mismo derecho que vosotros tomásteis la propiedad legítima y sagrada del hospital y de la Iglesia que era en nuestro beneficio, con el mismo nosotros tomaremos la vuestra. El argumento es contundente. El anarquista, imitando el ejemplo de los liberales, incendia y asesina; incendia pero no templos, sino el teatro, la fábrica del rico, el parlamento, el paseo, lugares en que se reúne la disipacion, el lujo y los burgueses, como ellos dicen: asesina, pero no á los ministros de la Religion, sino á los favorecidos de la fortuna.

REMEDIOS INEFICACES CONTRA EL ANARQUISMO

Un periódico católico ha dicho: «La sociedad se estremece y lanza gritos de horror ante tamaños crímenes. De las clases acomodadas sale un vocerío unánime y atronador pidiendo el exterminio de los autores de ellos; pero la logica se levanta serena y con voz reposada como la razon, voz que no logra apagar el griterío universal, dice que antes de residenciar y justiciar á los seducidos se ha de justiciar á los seductores; que antes de cortar la mano, que arroja la bomba de dinamita, es necesario cortar la cabeza que ha concebido y propagado la doctrina socialista, y no solo á estos sino á los causantes y á los cómplices y auxiliares que son todos los que han proclamado y defendido los principios liberales, la libertad de imprenta, de pensamiento, de enseñanza, libertades, que á todas luces son las generadoras del anarquismo, así como los poderes públicos, que á nombre de esa libertad de perdición han permitido la propaganda anarquista. ¿Acaso pensaban los defensores de la libertad que la fiera por ellos criada y alimentada habría de ser domada á su antojo? Porque es humana la fiera, es decir, porque tiene inteligencia, se ha dado cuenta que el oficio de esclavo no produce y quiere ensayar el de dueño.»

Y cuenta que tan culpables son los liberales más moderados como los más radicales y exaltados. Aquellos proclaman el principio liberal, pero les asustan las consecuencias Eclécticos, doctrinarios, con sus términos medios y con su política de balancin los de la escuela moderada aborrecen las libertades absolutas y las quieren limitadas por la moral cristiana. ¿Pero qué entienden por moral cristiana? La moral interpretada por ellos mismos, es decir, que prescinden del criterio católico, de la autoridad docente é infalible de la Iglesia católica, á quien constituyó su divino fundador depositaria é interprete de su revelacion y doctrina, y substituyen á esta autoridad divina la razon humana de los gobernantes. Ahora bien:

esta independencia de la razon humana es precisamente el sistema protestante, segun el cual el espíritu privado ó razon de cada hombre es interprete y juez en materias de la moral revelada, y por tanto hay entre ellos tantas opiniones como hombres. Prescindiendo de la autoridad docente de la Iglesia, tan soberana es la razon de un hombre como la de otro; tan sobrana es la razon de un partido político gobernante como la de otro: tan soberana es la razon de los moderados como la de los exaltados y la de estos como la de los anarquistas. Y de consiguiendo el límite puesto por un partido á la libertad, otro partido con el mismo derecho le ensancha. Una vez saltada la barrera puesta por Dios y por su órgano infalible la iglesia á las libertades en un solo punto por que no ha de ser saltada en dos, veinte ó ciento?

¿Con que autoridad, pues, quieren los partidarios de la libertad condenada por la Iglesia contener los excesos de las turbas anarquistas? ¿Que medios proponen? ¿Medios morales? No los tienen fuera de los que propone la Religion. Quieren convencer á los anarquistas en nombre de la conveniencia social, es decir, en nombre del interes de las clases conservadoras, que la sociedad no puede subsistir sin el derecho de propiedad y sin la distincion entre pobres y ricos.

¡Donosa ocurrencia! Querer persuadir á los que soportan todo el peso del calor y del frio que la mayoría inmensa de la sociedad ha de resignarse en beneficio de los menos, que son los ricos ¿Y como persuadirles de esto cuando la sed de gozar les estimula, y cuando se les ha enseñado que el fin del hombre es el goce en el mundo? El tumulto de las pasiones no les deja oír estas teorías. Pero dado caso que se llegasen á convencer de que la sociedad no puede subsistir sin la desigual distribucion de la riqueza, todavía les queda otro argumento á los anarquistas, que dirán: Pues turnese en la posesion de la propiedad, como turnan los partidos políticos en el goce del presupuesto y como turnan los hombres en el desempeño de los desatinos.

Si, pues, no se intiman los preceptos divinos sobre el respeto á la propiedad, si la sancion religiosa con los premios y penas eternas no influye en las muchedumbres, en vano se esforzarán los políticos y los economistas en contener los instintos depravados del corazon humano inclinado poderosamente á el mal por el pecado de origen. Y precisamente la política moderna influida por la filosofía sensualista hace todo lo contrario. El criterio del go-

ce material es el que dirige todos sus actos. Se proclama, verbigracia, la libertad de cultos con la cual se permite á los sofistas extranjeros venir á corromper la fé del pueblo español. ¿Y que argumento emplean sus defensores?

Uno de los principales es que con tal libertad vendrán los capitales extranjeros á fomentar la riqueza, pues con la intolerancia religissa se retraen los ricos no católicos de venir á esta patria. No me propongo hoy ni tengo tiempo en un sermón para responder á este vano argumento. Solo diré á la ligera que para los libre cultistas es preferible la condenacion de las almas á la pérdida de algunas pesetas. Solo diré que nunca ha estado España mas abocada á la bancarrota que desde que se estableció la libertad de cultos.

Este mismo criterio del interes material como medio de gozar hace que la administracion no piense en hacer á los ciudadanos buenos, honrados, caritativos y pacíficos, sino en proporcionar, y esto solo en las grandes ciudades, objetos de comodidad y deleitables á los sentidos, teatros, paseos elegantes mercados, cafés, ornato público, aunque para ello se derriben los templos verdaderas joyas del arte: en una palabra la escitacion constante á divertirse, el lujo, la sed de oro: y en tanto la miseria y el desprecio público pesando sobre los infelices, que no tienen asiento en el festin, sobre los pobres labradores y artesanos. Esta es la sociedad en los tiempos de la libertad.

REMEDIOS MATERIALES CONTRA EL ANARQUISMO

El citado periódico católico ha tratado magistralmente este asunto en estos dias y dice: «Será remedio la represion violenta, el castigo del código penal? No; ¿El presidio? La desesperacion pródúcida por el hambre y la miseria impulsa al delito, para asegurar el rancho y un techo donde resguardarse de las heladas del invierno en el presidio. ¿La pena de muerte? Menos. ¿Que eficacia puede tener la pena de muerte en hombres, que van decididos á morir, y que se esponen á ser las primeras victimas al estallar la bomba? Ellos desean la muerte, pues perdida la fé religiosa, miran en aquella el termino de sus sufrimientos en la vida. Así se ha visto á Pallás y Ravachol morir serenos é impavidos y confesar su delito con orgullo. Además tienen una prensa y un partido que les glorifica como heroes y redentores de la sociedad esclavizada por la tiranía de los ricos, y el deseo de celebridad alhaga y seduce á estos infelices. Morir por amor del cielo próducia los

martires cristianos: morir por odio á la vida desgraciada produce á los del anarquismo. Esperanza y desesperacion impulsan á los hombres á arrostrar la muerte, con la realidad del heroismo á los unos, con las apariencias de él á los otros, es decir, con temeridad. Amenazar con pena de muerte á los suicidas, si se llega á frustrar su intento contra su voluntad, sería soberanamente ridículo: pues tan ridículo es amenazar con ella á fanáticos sectarios que empiezan por declarar que lo mismo les dá vivir que morir y que aun prefieren la muerte como termino de su miseria presente, pero que antes quieren vengarse de sus opresores.

REMEDIO EFICAZ

Las falsas libertades modernas son el manantial del anarquismo. Renegar de ellas es quemar el ídolo tan adorado hasta ahora, es renegar de sí mismo el liberalismo. Y sin embargo ante el abismo que se abre á sus pies, ha empezado á renegar de ellas, sino en el orden de las ideas, al menos en el orden de los hechos ó sea en la practica, pues para salvar á la sociedad amenazada, se ha empezado por la suspension de los derechos individuales, es decir, se trata de limitar la libertad de prensa, asociacion etc. cuyas escelencias se han cantado en todos tonos, y cuyas glorias han pregonado á todos vientos las mil trompetas de la fama, atronando al mundo con sus ecos de un siglo á esta parte. Se empieza á reconocer que esos derechos ilegislables son legislables.

No hace aun 20 dias que la Alemania protestante y perseguidora de la Iglesia ha votado una ley llamando á la inclita Compañía de Jesus para que con sus colegios y predicacion contenga la propaganda socialista. El estallido de las bombas ha sido el principal argumento, que ha decidido la votacion más que los discursos mas elocuentes de los grandes oradores católicos del parlamento. Esas bombas son los misioneros, que Dios envia á los hombres refractarios á otra clase de predicaciones.»

No consiste, pues, el remedio en los castigos, que imponga la ley humana, que no puede cortar más que las ramas del árbol, pero no la raíz: y las ramas retoñarán con más vigor. La raíz de esos crímenes son las ideas, que forman la conciencia extraviada. ¿Y quien puede formar la conciencia recta de los hombres? Solo la religion con su sancion de premios y de penas en la otra vida. Solo Jesucristo, que con su ejemplo en este dia, naciendo pobre en un establo predicó despues con

su palabra esta doctrina sublime. «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos.» Solo la religion puede doblegar el orgullo humano para que preste obediencia voluntaria, placentera y por conciencia á la misma ley humana. La religion enseña que la autoridad y la ley dimanen de Dios y así la ley humana es respetada como representante de Dios y la obediencia se ennoblece y dignifica.

Los hombres por naturaleza son todos iguales y ninguno tiene derecho á mandar á los otros, si este derecho no le viene de Dios. Por tanto si se suprime la doctrina del origen divino de la autoridad y de la ley humana, el orgullo y la dignidad humana se rebelan contra el hombre, que manda por mera autoridad humana adquirida por la violencia ó por el capricho voluble de la voluntad de otros hombres. Por eso un pueblo sin Religion fué siempre una camada de fieras ó de viles esclavos. No lo quiere así la doctrina liberal y dice que la soberanía nacional ó sea las mayorias representantes en los parlamentos de la voluntad nacional son la fuente de toda autoridad, ley y derecho independientemente de Dios y de su Iglesia, y aunque tales leyes sean opuestas á la revelacion divina. Prescindo de que la tal voluntad nacional espresada por medio de las elecciones es una farsa ridícula; pero aunque fuese verdad y las elecciones espresasen realmente esta voluntad, la ley y la autoridad serian entonces producto de los hombres: y como estos son tan mudables, y los intereses y las pasiones son tan malos consejeros, la justicia, el derecho y la moral estarian á merced de todo viento de doctrinas malas sin reglas fijas, eternas é inmutables como son la ley eterna, natural y positiva de Dios aplicadas é interpretadas por la Iglesia autoridad infalible que Dios puso en el mundo para bien de la sociedad humana. Así lo acredita la esperiencia de todos los tiempos y paises no cristianos.

He molestado mucho vuestra atencion, Exmo. Señor, y mis amados hermanos, y concluyo resumiendo. Jesucristo en su Circuncision derrama sangre y nos enseña el sacrificio y mortificacion del cuerpo y de las pasiones como medio para practicar la virtud y conseguir el cielo. La moderna economia política por el contrario, olvidando el supremo fin del hombre nos enseña solo á satisfacer esas pasiones, y esta doctrina sensual y materialista es la causa del socialismo y anarquismo, pavoroso problema social que amenaza como un oleaje hundir al mundo en el abismo. Abracemonos á Jesucristo, abracemonos á su Santa Iglesia que es la única que puede hacernos felices en el tiempo y en la eternidad, Amen.

Este sermón fué predicado en la Catedral de Plasencia por el Muy Ilustre Señor D. Fernando Garcia Escribano en 1.º de Enero del presente año.